

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

61. HACIA EL CORAZON DEL HORROR



EL TONO del barón se abrió paso sin esfuerzo a través de la cáscara de falsa seguridad con que había pretendido revestirme, agrietando irremisiblemente la imagen de escéptico hijo del siglo XX que a todo trance me empeñaba en recuperar.

—Nunca me atreví a intentarlo..., con mis solas fuerzas —dijo el barón Bathory, el rostro poblado de sombras—. Pero, teniéndolo a usted para apoyarme... ¡Intentaremos el Contraconjuro!

Palidecí.

—¿El que menciona Abdul Alhazred en la página 752 del *Necronomicon*?... ¡Pero no indica exactamente...!

—¡Lo sé! —el barón lanzó un ademán impaciente—. Hay muchos puntos que incluso Alhazred soslaya... No se atreve a tocarlos directamente. ¡Pero yo he logrado reconstruir el texto íntegro!

”Partiendo de un prolongado estudio sobre la obra de los modernos —o sea Lovecraft, Howard, Derleth, y los demás componentes del famoso Círculo— pude descifrar el código *Gestalt* (digámoslo así) de su obra conjunta..., de cuyo texto combinado surgen, precisamente, varias soluciones a misterios aparentemente insolubles. Uno de ellos es este Contraconjuro, opuesto al Noveno Verso —página 751 del *Necronomicon*— que jamás

debe leerse en voz alta, pues por azar podría coincidir con la posición requerida de los astros, y liberar a cierta Criatura de su prisión...

—¿Se trata de Cthulhu? —pregunté—. No está claro en el libro.

—Varios eruditos lo creyeron así, durante mucho tiempo. Pero ya Justin Geoffrey vislumbró el error. Cthulhu es alguien demasiado grande y poderoso como para que resulte tan sencillo ponerlo en libertad... El que acude a la invocación es, ciertamente, abominable y obsceno; pero constituye tan sólo una deidad menor. Aunque —añadió, con una luz sombría en la mirada— su poder basta para sumir en la execración a cuantos le sigan. Y lo que es aún peor, con su aparición queda abierto el camino de acceso para otras Criaturas infinitamente más horribles... y más peligrosas.

S ENTÍ que se me secaba la garganta. Las tremendas revelaciones de los libros prohibidos reaparecían en mi mente, ahora con terribles visos de realidad inmediata.

—El peligro es incalculable —advirtió con gravedad el barón—. No lo voy a criticar si se vuelve atrás, amigo mío... Pero tampoco puedo ocultarle que necesito mucho de su ayuda.

Me levanté. Aunque mi cabeza quedaba muy por encima de la del barón Bathory, yo sabía bien que la autoridad era suya. Y respetaba esa superioridad: el daría las órdenes y yo las obedecería.

—Cuenta conmigo. Sé que sabrá encontrar la forma de protegernos. Usted ha estudiado el tema durante media vida... Pero hay otro detalle, señor barón...

—¿Sí?

—Los celebrantes. ¡Con seguridad que se van a oponer a nosotros por medios físicos! Habrá que dominarlos. ¿Le parece bien que lleve un arma?

El barón Bathory volvió hacia mí las insondables pupilas.

—¿Tiene una?

—Browning Hi-Power 9mm... Un encargo de un amigo de Montevideo... —Sonreí brevemente—. Jamás pensé que la iba a sacar del estuche, pero...

—Olvídese de su pistola —interrumpió él—. No haría más que complicar las cosas. Ellos no podrán dañarnos.

—Bueno, pero por si acaso....

Sus dedos me estrujaron una muñeca.

—Le repito que no. Si se obstina, dejamos el plan sin efecto.

C ONSTATÉ en su mirada la firmeza de sus propósitos.

—Usted dispone —cedí, en apariencia—. Se hará como diga.

Y, ya sobre la hora, al ir a reunirme con él, no pude evitar un tanteo dentro de mi bolsillo para percibir la frialdad confortadora de la Browning.

El barón no tenía por qué saberlo; pero era preciso que yo no dejase ningún riesgo sin cubrir.

Siguiendo el camino luminoso de la linterna, atravesé el salón del castillo y por fin estuve ante la pequeña puerta que utilizara como salida en otras oportunidades.

Comprobé que estaba sin cerrojo. Giré el pestillo y salí, cerrándola enseguida a mis espaldas.

El frío de la madrugada me erizó la tez. Vi al barón, allí cerca, bañado en luz lunar, y fui hacia él. En medio de aquel escenario casi fantasmagórico, resultaba difícil convencerse de la realidad de los hechos que estábamos viviendo. Apagué la linterna.

—¿Ya están allí? —susurré.

El se llevó un dedo a los labios y me indicó que escuchara.

Un carámbano intangible se me clavó en pleno corazón. Desde la distancia, llegaba a mis oídos aquel cántico ululante y semigutural que ya una vez oyera... El coro ritual que parecía compuesto de sonidos inhumanos, destinados a oídos inhumanos también.

Todo mi ser aulló un anhelo de huir, alejarme y evitar el horror. Pero mi voluntad (o la del barón) se impuso, y me quedé...

...¡A merced de lo que me aguardaba..., fuese lo que fuera!

(Continúa)

¡POLETTI Y EL BARÓN A PUNTO DE EMPLEAR TODAS SUS ARMAS CONTRA LAS FUERZAS DE LA OSCURIDAD!... ¿SERÁN SUFICIENTES SUS ESFUERZOS REUNIDOS PARA DERROTAR A SUS Oponentes?... ¡ES DE TEMER QUE AMBOS CORRAN PELIGRO MORTAL..., Y AÚN PEOR QUE ESO, ANTE LA MAGNITUD DEL MAL QUE HAN DE ENFRENTAR! SIGUE: "A CARA O CRUZ"... ¡EL UMBRAL DEL HORROR DEFINITIVO! ¡LOS PORTALES DE LO INCONCEBIBLE! ¡NO SE LO PIERDA!

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "El Secreto", aparecido en la revista "Mundo Uruguayo" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos

policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"El Umbral de las tinieblas" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com